

HOMILÍA

SOBRE

LA VENIDA DEL ESPÍRITU-SANTO,

PREDICADA EN LA CATEDRAL DE SEGOVIA.

*Repleti sunt omnes Spiritu
Sancto, et ceperunt loqui.*

Act. Ap., cap. 2.º, v. 4.º

LA festividad de este día es y ha sido siempre solemnisima en la Iglesia. Su origen data del tiempo de Moisés. Llamóse Pentecostés, voz griega, que significa quincuagésimo, porque se celebraba á los cincuenta dias despues de la solemnidad de la Pascua, y para recordar el aniversario de la promulgacion de la Ley sobre la cumbre del Sinai, cincuenta dias despues de la salida del pueblo de Israel de Egipto. Llamábase tambien la fiesta de las semanas, porque ocurría en la sétima de Pascua, y la fiesta de las primicias, porque en dicho día se presentaba en nombre de todo el pueblo de Israel la ofrenda de dos

panes fermentados, confeccionados con harina del trigo nuevo.

Tenia, pues, dos objetos; celebrar el aniversario del grande acontecimiento del Siná y dar gracias al Señor, terminada la recolección de la cosecha de granos.

La Iglesia tomó de los judíos esta como otras prácticas, y la conservó el mismo nombre de Pentecostés, llamándola festividad del Espíritu-Santo, porque en ella se nos recuerda la venida del mismo sobre los apóstoles el día quincuagésimo después de la verdadera Pascua.

Es, por tanto, para nosotros esta grande solemnidad, el término de la Encarnación, la última consecuencia de la pasión, muerte, resurrección y ascensión de nuestro divino Salvador á los cielos; es el cumplimiento de todas sus promesas; es el fin de la antigua alianza y el principio de la nueva; es la muerte de la sinagoga y el establecimiento de la Iglesia, y es, en fin, el misterio múltiple, el misterio de los misterios, el prodigio de los prodigios.

Y ¿cómo podré yo, señores, penetrando en ese insondable abismo, abarcar toda su extensión inmensa en los estrechos límites de un breve discurso? No siéndome esto posible, voy á presentaros sólo una sencilla homilía ó ligerísima narración del acontecimiento notable cuya memoria nos recuerda hoy la Iglesia nuestra Madre, sin separarme del sentir unánime de los padres y doctores católicos.

Porque si tratamos de comentar hechos de la magnitud del que hoy nos ocupa, lejos de conseguir nuestro objeto, destruiríamos todo su interés é importancia.

*Repleti sunt omnes Spiritu
Sancto, et ceperunt loqui.
Act. Ap., cap. 2.º, v. 4.º*

Así que tuvo lugar el grande y admirable prodigio de la Ascensión, dice el sagrado libro de los Hechos de los Apóstoles, volvieron estos á Jerusalem, fieles observadores del precepto que les habia impuesto al despedirse su divino Maestro, permaneciendo ocultos en el cenáculo, constantes en la oración. Mas hé aquí que de repente déjase oír un gran rumor, semejante al rugido de un viento impetuoso que conmovió todo el edificio: *Factus est repente sonus tanquam, etc.*

Allí estaban reunidos la Santísima Virgen María, alma de la Iglesia, Pedro su cabeza, los apóstoles sus columnas, los fieles sus primicias; luego aquella casa donde descendió el Espíritu-Santo era la Iglesia de Jesucristo, la única y verdadera Iglesia; lue-

go el Espíritu-Santo ha descendido sobre la Iglesia, está incorporado con ella para no dejarla jamás, para vivificarla, iluminarla y dirigirla siempre. «Lo que es el alma para el cuerpo humano, dice el P. San Agustín, principia á ser hoy el Espíritu-Santo para el cuerpo místico de Jesucristo, que es su Iglesia. Así como el alma vivifica todo el cuerpo y da movimiento especial y adecuado á todas y cada una de sus partes, así el Espíritu-Santo mueve y anima y dirige á todo el cuerpo de la Iglesia y á todos y cada uno de sus miembros.»

Y por identidad de razón, síguese de aquí que fuera de esta Iglesia no está el Espíritu-Santo. Las sectas disidentes, como cuerpos extraños á la Iglesia, no le poseen. Los miembros separados de la Iglesia, no son vivificados del Espíritu-Santo, así como no participa de la sávia del árbol el ramo separado del mismo. Hé aquí la primera enseñanza que se deduce del misterio de este día.

Pero el Espíritu-Santo se dejó sentir de los apóstoles y demás fieles á manera de un viento impetuoso: *Tanquam advenientis spiritus vehementis*, y esto no puede carecer de significación, porque en los grandes hechos de Dios, nada hay que no la tenga.

La primera razón que se nos ocurre es que, tratándose de la promulgación de la nueva ley, que había de grabarse, no en tablas de piedra, sino en nuestros corazones, Dios quiso acompañarla de al-

gun aparato exterior, parodiando de algún modo la promulgación de la antigua sobre la cumbre del Sinaí. Pero el P. San Cipriano nos va á explicar este misterio.

«Recordemos, dice, el arca misteriosa de Noé, llevada sobre las aguas, dirigida é impelida por el soplo de Dios. Esta arca, que llevaba en su seno la esperanza del género humano, era la figura de la Iglesia. Así, pues, el Espíritu-Santo que desciende hoy de los cielos, tan vehemente como el soplo de las tempestades, viene á enseñarnos que, del mismo modo que dirigía en otro tiempo el arca de Noé sobre las aguas, dirige la nave de la Iglesia, preservándola del naufragio por entre las furiosas olas de las pasiones, que suscitan contra ella, todos los errores y todo género de persecuciones.»

«El Espíritu-Santo, continúa el sagrado texto, descendió sobre los apóstoles bajo la figura de lenguas de fuego, posándose sobre todos y cada uno de ellos:» *Tanquam ignis dispersita lingue, etc.* Y hé aquí otro gran misterio que va á explicarnos el Padre San Gregorio.

«La lengua, dice, tiene una relación íntima y necesaria con el pensamiento; por ella se manifiesta exteriormente, se hace conocer, es, en una palabra, su razón y su Verbo. El Espíritu-Santo, pues, es la lengua del Verbo divino, el que expresa en lo exterior el pensamiento de Dios, el que revela sus misterios, porque por la unidad de su esencia los conoce

todos desde la eternidad. Era por tanto conveniente que apareciese en forma de lenguas.»

¿Quereis otra prueba más perceptible? Pues ven- gamos al resultado.

Aquellos hombres tan ignorantes, tan estúpidos, si se quiere, tan materiales y groseros, apenas reci- ben el Espíritu-Santo, se hacen de repente sábios y espirituales. Escuchad á Pedro, acaso el más rústico de todos ellos, hablando en presencia de todo el pueblo. ¡Qué trasformacion tan milagrosa! ¡Qué su- blimidad de pensamientos! ¡Qué elevacion de len- guaje! La multitud le escucha atónita, convencida y conmovida hasta derramar copiosas lágrimas. Y en aquel mismo instante tres mil personas, y poco despues otras cinco mil creen en Jesucristo, reciben públicamente el bautismo y se hacen cristianos. Ved aquí, señores, la segunda enseñanza que se despren- de del misterio de este dia. El Espíritu-Santo, que vive en la Iglesia y sólo en la Iglesia, es la lengua de esta misma Iglesia y, por consiguiente, de todos sus hijos. ¿Es nuestro lenguaje grosero, material é im- pio? pues no pertenecemos formalmente á la Iglesia. ¿Es, por el contrario, sencillo y puro como la ver- dad? pues este es el lenguaje que nos enseña é ins- pira el Espíritu-Santo en el seno de la Iglesia.

Pero otras gracias transitorias se dignó añadir el Espíritu-Santo en este dia á la Iglesia, siendo la más notable el don de lenguas. Y en efecto; así que descende sobre los apóstoles comenzaron todos á

hablar diferentes idiomas: *cœperunt loqui, etc.* Este es otro gran misterio que va á explicarnos tambien el mismo P. San Gregorio.

«Habia concurrido, dice, en aquellos dias una grande multitud á Jerusalem de todas las naciones del mundo. Cada cual hablaba su propio idioma; pero de repente ven esparcirse por la ciudad á los apóstoles hablando los idiomas de todos, y siendo de todos comprendidos. Este prodigio es ciertamente admirable, pero más grande y admirable es el otro prodigio figurado por él. Significaba que los apósto- les, hablando el idioma de todos los pueblos, anun- ciaban ya desde aquel momento que la naciente Iglesia, esparciéndose muy pronto por todos los pueblos del mundo, y hablando todas sus lenguas, seria la Iglesia universal y católica.»

Y notad de paso, continúa el mismo santo Pa- dre, que aun cuando hablaban diferentes idiomas los apóstoles, no predicaban sino una sola religion, unas mismas verdades. ¡Notable uniformidad, seño- res, que se ha perpetuado de siglo en siglo y ha llegado á ser el patrimonio de la Iglesia católica! Hoy, como en el cenáculo, en más de mil lenguas diversas por todos los pueblos del mundo, no enseña más que unas mismas verdades, una religion sola. ¡Cuán asombroso es este fenómeno, único en el mundo! ¡Desde hace más de diez y ocho siglos, tres- cientos millones de católicos, esparcidos por la superficie del globo, en sus diversos idiomas é

innumerables dialectos, no creen, no confiesan, no practican más que una misma doctrina, una misma moral, un mismo culto, las mismas oraciones, el mismo sacrificio!

Mas esta materia exige, señores, que nos detengamos aquí un momento.

Los antiguos filósofos hablaban casi exclusivamente un sólo idioma, el griego, y estaban divididos, sin embargo, en las verdades más fundamentales de su religion en más de ochenta sectas diferentes. Lo mismo sucede á los modernos disidentes. El luteranismo, que habla generalmente el aleman, se halla dividido en setenta sectas; el anglicanismo, en Inglaterra y en los Estados-Unidos, habla el idioma inglés, y está dividido en más de trescientas; de modo, señores, que pueden hallarse dos provincias en un mismo Estado, ¿qué digo, dos provincias? dos ciudades en una misma provincia, dos familias en una misma ciudad, dos personas de una misma familia que profesen diversa religion. El padre puede ser *reformado*, la madre *anabaptista*, el hijo primogénito *antitrinitario*, el menor *evangélico*, la hija *cuáquera*, un criado *presbiteriano*, el otro *metodista*. Así las sectas nacen de las sectas, las opiniones engendran opiniones, como los gusanos nacen en las materias en putrefaccion. Hablan sin entenderse, se toleran sin amarse, se juntan sin unirse, y todo es contradiccion, lucha é incertidumbre en materia de doctrina; es, en una palabra, la

confusion de Babel, segun el citado P. San Gregorio. Los incrédulos y los herejes, dice, han querido imitar á los antiguos obreros de la torre de Babel; han querido elevar contra el cielo un edificio construido con materiales tomados de la tierra; fundar religiones nuevas que tienen su fundamento en la tierra, cuando la verdadera religion debe venir del cielo. Han cometido el mismo crimen, y sufren el mismo castigo. Dios confundió entonces las lenguas de los obreros de Babel, y hoy confunde las ideas y los pensamientos de los fabricantes de religiones nuevas; y mientras que la humildad, inspirada por el Espíritu-Santo, produce en la Iglesia la unidad, el orgullo de Babel, inspirado por Satanás, produce entre las sectas la division y confusion: *hic humilitas unitatem parit, illic superbia confussionem*. Tercera enseñanza que se desprende del misterio de este dia; el Espíritu-Santo derrama su luz sobre los humildes, desprecia y deja en sus tinieblas á los soberbios y presuntuosos.

Pero otra gracia, tambien transeunte, otro prodigio digno de notarse obra en este dia sobre los apóstoles y los primeros fieles el Espíritu-Santo, cual fué la más completa trasformacion, sensibilizada por un general y absoluto desprendimiento; desprendimiento de sus ideas, hábitos y preocupaciones, desprendimiento de sus intereses, desprendimiento de sí mismos.

Desprendimiento de sus ideas, hábitos y preocu-

paciones. Aquellos son enteramente diversos, al parecer, de los que acompañaron á Jesus durante su vida; sus aspiraciones, sus palabras, sus obras, todas han perdido aquel aire de carne y sangre que las informaba, y se han convertido en deseos, palabras y obras de espíritu y de vida eterna.

Desprendimiento de sus intereses. El amor de los intereses materiales es la pasion que más fuertemente nos domina, y esta pasion purificó y consumió tambien el Espíritu-Santo en el corazon de los apóstoles y de los primeros fieles. Los primeros todo lo abandonan para entregarse al santo ministerio de ganar almas á Jesucristo; los segundos venden todo cuanto poseian y depositan cuantiosas sumas á los piés de los apóstoles para atender á las necesidades de la naciente Iglesia.

Pero estas ideas, señores, han traído á mi mente y á mi corazon otras que me dominan y afectan sobremedera, y que no puedo dejar de comunicaros. Os dije, y acaso con poca exactitud, que estas últimas gracias, comunicadas por el Espíritu-Santo á los apóstoles y á los primeros fieles, eran transeuntes. ¡Ah, no, amados míos, el desprendimiento de los intereses materiales en favor del culto de nuestro Dios es permanente ó, por lo menos, ha llegado hasta el dia entre vosotros, piadosos segovianos! A una ligera invitacion habeis respondido con todo el fervor de los primeros cristianos. Este augusto templo, levantado por vuestros padres á costa de tantos

sudores y sacrificios, se hallaria hoy cerrado al culto de nuestro Dios, á no ser por vuestros generosos esfuerzos. ¿Oís esos melodiosos cantos que llevan nuestras oraciones hasta el trono del Señor? ¿Veis ese augusto aparato religioso que se despliega en derredor vuestro y que se aumentará en los próximos dias? ¿Esa sagrada oblata, que en las manos del sacerdote, y mediante su palabra creadora se convertirá en el cuerpo y sangre de la sacratísima víctima que perdona los pecados del mundo? Pues todo es debido á vuestros generosos donativos; sin ellos nada podriamos, piadosos segovianos. ¡Ah! yo os ofrezco en nombre de Dios grandes premios. Pero nos hemos separado demasiado del asunto principal; disimulad el exceso de mi afecto y reconocimiento.

Desprendimiento en tercer lugar de sí mismos. Para aquellos primeros fieles ya nada importa su misma vida. Aquel *valde laboriosum* de San Gregorio es cosa ya de ningun valor para ellos; han dejado ya todo lo suyo y se han dejado á sí mismos. Se presentan á los tiranos, llenos de gozo, *gaudentes*, y desafian por Jesucristo los más horribles tormentos y la misma muerte.

Pero, señores, me hago demasiado prolijo y abuso de vuestra bondad. Quede, pues, en resumen: que el Espíritu-Santo descendió sobre las personas congregadas en el cenáculo, descendió sobre la Iglesia de Jesucristo, única y verdadera Iglesia: que descendió sensibilizándose por un rumor semejante al bramido

de impetuoso huracan para solemnizar la promulgacion de la nueva ley y para recordarnos, segun San Cipriano, que así como dirigió sobre las aguas el arca de Noé, dirigiria tambien su Iglesia, salvándola de todos los escollos y todas las tempestades: que descendió, en fin, bajo la figura de lenguas de fuego, porque es la lengua de la Iglesia, y como fuego abrasaria el corazon y el alma de los apóstoles y demás fieles, trasformándolos exterior é interiormente de un modo radical y absoluto.

Pidamos, pues, al divino Espiritu que realice en nosotros la misma feliz trasformacion que en los apóstoles y primitivos fieles, para que, imitándoles en vida, les acompañemos despues en la pátria celestial.—AMEN.

MOMILÍA

SOBRE

LA VENIDA DEL ESPÍRITU-SANTO.

*Repleti sunt omnes Spiritu
Sancto.*

Act. Ap., cap. 2.º, v. 4.º

EL acontecimiento cuya memoria celebra hoy la Iglesia nuestra Madre, es acaso el más grande, notable y prodigioso de cuantos han tenido lugar en el mundo durante la dilatada série de los siglos, ya le consideremos en sí mismo, ya en sus circunstancias, ya en sus efectos. Con razon podemos decir, señores, que no es un misterio sólo el que celebramos hoy, sino un cúmulo de prodigios, que concurren para hacer solemne y admirable la festividad del dia.

Considerado en sí mismo este grande y prodigioso acontecimiento, confirma el dogma augusto de la Trinidad beatísima, consignando la existencia de la